

La mirada oceánica de Gala miraba a través de la ventana de madera azul, hacia el mar Mediterráneo. El puerto español de Cadaqués estaba cargado de agua en los resquicios, ahogado entre los huecos, entre las piedras; el mar estaba frenético, bañando los pies de las casas. Todo era humedad de algas, resaca de tormenta, muros ennegrecidos, hinchidos de agua. Era Cadaqués para Gala la ciudad acuática, sumergida, residencia de sirenas y peces. Las casas eran blancas sobre la montaña junto al Mediterráneo, y estaban unas sobre otras, en retorcido rompecabezas. Las ventanas y las puertas eran azules, viejas, podrida la madera. Gala miraba el mar, también laberíntica, también descompuesta, encuadrada en la ventana, con las piernas alargadas y los ojos excesivamente grandes, como inventados. Gala D'alambert, la francesita torcida, exagerada, bellísima, sobrecargada de azul y encuadrada en Cadaqués: como otra pintura surrealista de Dalí. Aunque sabía ella que, decididamente, no era ni sería nunca la misma Gala que fue de Dalí, en aquel mismo puerto de Cadaqués. Su padre, un pintor de poco talento que había muerto en Francia sin un céntimo, le había puesto el nombre de Gala: «*la muse du peintre Dalí*».

La nota periodística era breve, escrita con prisa y erratas antes de la impresión: «...*volcadura y choque de un velero Coronado 25 Club 760, contra las rocas del Cabo de Creus. Eslora*

*aproximada del navío, 7 metros. Manga de dos metros y medio. Un velero español de Playvisa, azul marino con letras blancas, del año 1973. Del nombre del navío se rescatan solamente las letras: l-ó-tar. El accidente ha sucedido al norte del Cabo de Creus, durante el apogeo de la tormenta, donde se registraron fuertes oleajes y vientos de altas velocidades. Quilla y timón destrozados contra las rocas. La proa del velero hecha pedazos entre los promontorios filosos del cabo. Mástil y botavara quebrados».*

Gala se había enamorado de su casa blanca, con olor a salitre y mar. La casa y los veranos en Cadaqués habían sido un regalo de su esposo Nicolás; de su marido a su *petite femme*, a su Gala. Éste era su pueblito marinero y pesquero situado en su profunda cala. De ella se sentían las rompientes, los acantilados y rocas filosas del Cabo de Creus. Sentía en la profundidad de sí misma que poseía por derecho las pequeñas islas y arrecifes, los promontorios abruptos y rocosos, los botes, las barracas de los pescadores y los olores. Cadaqués se sentía todavía más suyo por estar tan cerca de Francia, donde habían nacido y muerto sus antepasados y toda su sangre. Francia se sentía al alcance de sus dedos: como si un hilillo invisible sujetara la frontera, atravesara por debajo del mar bordeando la Costa Brava, y viniera a amarrarse al picaporte de madera de la ventana. Gala tarareaba una melodía francesa, lúgubre y nostálgica, murmurando con los labios apenas abiertos. Parecía que se había disfrazado de Felipe Borja de Sáenz: leía su periódico, tomaba su café. Se había puesto, incluso, el puro de Felipe entre los labios, lo apretaba con los dientes y humedecía un poco la punta con la lengua. El puro olía y sabía a Felipe. «La vida es un juego sádico y ridículo», pensó Gala, con el puro entre los dientes y el periódico con la nota entre sus dedos. El mismo diario que muy enfáticamente había criticado y repudiado Felipe, y que al mismo tiempo leía resignado —por ser éste el único que se entregaba a la puerta de la casa

veraniega de Cadaqués—, era, precisamente, el que anunciaba con erratas su muerte. Una muerte todavía anónima. «*Fue hallado el cuerpo de un hombre adulto, aún no se le ha identificado. Se sospecha que iba acompañado, pero la guardia costera no ha hallado más cuerpos*». Gala imaginó, no sin un deje de placer, a Beatriz Viesca, la esposa del distinguido Felipe Borja de Sáenz, V Marqués de Alcóntar, al fondo del mar, sumergida en el insoportable anonimato. Gala fantaseaba: la hermosa Bea Viesca en las profundidades del océano y el olvido, el collar de perlas y diamantes de Ámsterdam al fondo, junto a las piedritas arenosas. Sus manos aristócratas, elogiadas por la duquesa, ahora alimento de los peces. La cara hinchada, irreconocible, los ojos verdes abiertos, como algas luminosas.

*Alcóntar*. Ese había sido el nombre del velero *Coronado 25 Club 760* que había hundido para siempre a su cuñado Felipe y su esposa Bea. El naufragio había convertido a su marido Nicolás en el VI Marqués de Alcóntar. *Alcóntar*, a pesar de salir todo contrario a lo planeado, le daba por fin a Gala lo que siempre había deseado: la oportunidad de ser madre. Y, principalmente, madre de Clara Borja de Sáenz Viesca.

Nicolás, nublado todavía por el sueño e ignorante de todo cuanto pasaba, halló así a Gala: descompuesta y laberíntica junto a la ventana que daba al Mediterráneo, igual que un Dalí. Gala sintió un repentino oleaje de pánico. Las manos le temblaron, en un temblor que le vino desde dentro, y el café, ardiendo, cayó sobre sus piernas. Alcanzó a murmurar un gemido de dolor, sin apenas abrir la boca. Sintió que por un segundo el terror y la culpa la ahogaron, igual que a Bea. Pero nunca. Ella sobrevivió. Ella siempre sobrevivía. Nicolás se acercó preocupado, y palpó los muslos quemados por el café. Gala sintió luego una dolorosa y profunda lástima por Nicolás, y supo con certeza que, después de lo que ella había hecho, jamás sería feliz al lado de su marido otra vez. No. Sería feliz

solamente en Francia, siendo madre de Clara. Sintió lástima porque supo que ese día, todavía sin saberlo, Nicolás perdería todo y a todos —a su hermano Felipe y a su cuñada, a su sobrina Clara y a su esposa, su francesita— y se quedaría ineludiblemente solo. La piedad sobrecogió a Gala con intensidad. Como si intentara consolar a un niño perdido, lo miró a los ojos y apretó la mano de Nicolás contra sus muslos. Quiso que él la tuviera una última vez, antes de la llegada de la guardia costera, de los reporteros, de los policías. Antes de que Nicolás fuera una vez más testigo de la tragedia que perseguía —quizás por la paradoja, por el anacronismo de la existencia de los nobles ya tan a la puerta grande del siglo XXI— a los marqueses Borja de Sáenz. Antes de que enfrentara de nuevo el olvido al que los sometía la desventura, que persistía y azotaba a la casa de Alcóntar, por ir al revés del reloj, ancestrales, viejos como la memoria. Gala deslizó la misma mano de Nicolás hasta el fondo de su entrepierna. Nicolás, contento y agradecido como un niño, se hundió con suavidad en la humedad que le ofrecían. Con la otra mano deslizó un tirante de Gala, contempló uno de sus pechos y se acercó a besar la punta alzada. Gala no quiso besarlo en la boca, sabía al puro, sabía a Felipe. Dejándose llevar por la tristeza, por el deseo, por la ternura que sintió alguna vez por ambos hermanos, los hermanos de Alcóntar, lloró en silencio, mojando su cara, y gimió muy tenue, llena de placer. «*Ma vie*», susurraba Nicolás, con los párpados cerrados, enamorado, feliz, y absorto en el deseo. Gala escuchó fuera de la casa unos gritillos, las risas cálidas y alegres de una niña que jugaba con su nana cerca del muelle, una niña que desesperaba por alcanzar el mar. Gala sintió un gozo inmenso. La huerfanita. *La petite poupée*. Clara Borja de Sáenz Viesca. Clara D'alambert. *Ma fille*. «Ingenuo, ridículo, adorado Nicolás», pensó Gala, volviendo la vista al mar Mediterráneo: «la que ahora deseas, a la que acaricias, a

la que lames y muerdes con boca frenética, es esta misma, tu *petite femme*, la que ha matado a tu hermano, la que te ha arrebatado todo y ha mandado a *Alcóntar* al profundo abismo de la muerte y del océano». Mientras Nicolás la poseía, apretándola contra él, Gala fantaseaba de nuevo con las aguas marítimas debajo del Cabo de Creus: con las letras perdidas —A, c, n—, solitarias y sin significado, esparcidas entre los corales. Las criaturas marinas y los peces fosforescentes rondando los restos del naufragio, la muerte inflamada de agua. Igual que su vientre y su boca, que gemían todavía, al marcado compás de los movimientos. Imaginó ese mar solitario, ese naufragio, esas letras, esos peces fosforescentes y esos restos en sus propias entrañas empapadas, ahogadas: todo era humedad marítima, todo era infinito y acuático.